

SE LEVANTA EL TELÓN: “SEÑORAS Y SEÑORES: ¡LA INDEPENDENCIA!”

Alejandro González Acosta*

Resumen / Abstract. The Curtain Rises: “Ladies and Gentleman: Independence!”

Palabras clave / Keywords: Xicoténcatl, teatro histórico, tragedia, comedia, Puebla / Xicoténcatl, historical theatre, tragedy, comedy, Puebla.

En 1828, a raíz de la Independencia de México, en la ciudad de Puebla se convocó a los escritores criollos a un concurso teatral para enaltecer la figura histórica del general tlaxcalteca rebelde Xicoténcatl *El Joven*. Los tres dramaturgos que acudieron a la convocatoria para competir en el concurso poblano fueron: José María Moreno Buenvecino, quien presentó *Xicohténcatl*, tragedia en cinco actos; Ignacio Torres Arroyo con *Teutila*, obra de corte similar en cinco actos, y José María Mangino, que puso en la escena *Xicotencatl*, comedia heroica en cuatro actos. / In 1828, along with Mexico’s Independence, a number of creole writers were summoned for a theatrical play contest in Puebla City. The aim of the competition was praising the historical figure of a rebel Tlaxcalteca general: Xicoténcatl *The Young*. Three playwrights showed to compete: José María Moreno Buenvecino, who submitted *Xicohténcatl*: tragedy in five acts; Ignacio Torres Arroyo presented *Teutila*, a similar play also in five acts, and José María Mangino, who staged *Xicotencatl*, and heroic comedy in four acts.



El 27 de septiembre de 1821, con la entrada triunfal en la ciudad de México del Ejército de las Tres Garantías, comandado por Agustín de Iturbide, se culminaba la Independencia del país después de más de una década de comenzada la lucha con el levantamiento de Miguel Hidalgo y sus compañeros. Poco tiempo después, una Asamblea de Notables con el nombre de Congreso Mexicano—instituto legislativo de la época—elegiría como emperador de los mexicanos al general que había logrado conciliar los intereses esenciales de los criollos, a semejanza final de lo que había ocurrido (con la excepción de las antiguas 13 colonias inglesas) en otros movimientos revolucionarios. Las contradicciones, que aparentemente habían quedado aplacadas con el Pacto Triguarante (“Independencia, Religión, Unión”), no tardaron en resurgir, y el flamante imperio mexicano se derrumbó, dando paso

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México.

a una convulsa república que ocupó buena parte del siglo XIX. Era tal y tan evidente la debilidad de las recién instauradas instituciones republicanas, que España —la cual no reconoció la independencia mexicana sino hasta 1835— no dudó en intentar una aventura de reconquista en 1829, bajo el mando del general Isidro Barradas, quien fue derrotado por alguien que entonces fue llamado “Salvador de la Patria”, para después ser uno de sus más anatematizados “perdedores”: Antonio López de Santa-Anna.

Un año antes de la expedición de Barradas, en la ciudad de Puebla se convocó a los fértiles ingenios criollos a un concurso teatral para exaltar las virtudes patrióticas y los sentimientos nacionales a través de la figura histórica de un indígena rebelde frente a la conquista española: el general tlaxcalteca Xicotécatl *El Joven*. El impulso para este concurso vino de fuera: explícitamente, la convocatoria exponía la necesidad de fijar el perfil histórico del mártir prehispánico ante la imagen inexacta y un tanto desinformada (aunque animada de indudable buena intención y simpatía) del desconocido autor de una novela publicada dos años antes en la ciudad de Filadelfia, en español: *Jicotencal* (William Stavelly, 1826). No deja de llamar la atención que a pesar del precario estado de las comunicaciones en la época, y especialmente a raíz de la Independencia y del consiguiente trastorno general que produjo, los lectores estuvieran al tanto de una reciente publicación extranjera con muy corta tirada de ejemplares.

En el concurso fueron premiadas tres obras, más tarde impresas y quizá representadas, aunque no se tiene noticia cierta de esto último. Poco se sabe de sus autores, pero puede presumirse que eran criollos y posiblemente letrados. El aliento del trío de dramas es sin duda nacionalista y de expresión independentista, aunque su continente está aún dentro de los moldes del teatro español calderoniano, con similares lances de intrigas, amores, venganzas, enredos y desplantes.

El teatro en México, unos años antes y unos después de la Independencia, se encontraba en una etapa de franca decadencia: además de la escasa calidad de las obras exhibidas, en sentido general (y lo mismo para las puestas en escena, con pocos recursos, pésimas actuaciones y profundas y enconadas intrigas entre bandos de unos y otros actores), las piezas representadas en pocos o en ninguno de los casos adoptaban los temas más acuciantes de la realidad nacional y preferían sumergirse en la anodina comodidad de las apollilladas piezas de repertorio —que a nadie

decían nada— o las más absurdas, destinadas sólo a sorprender a ingenuos y pueblo bajo. De esto apenas se escapan dos sainetes compuestos por José Agustín de Castro: *El charro* (monólogo de ambiente popular que transcurre en la portería de un convento poblano) y *Los remendones* (sátira costumbrista donde participan artesanos pobres y sus mujeres), que convierten a su autor en un precursor del posterior teatro vernáculo mexicano, influido por las obras de Manuel de la Cruz y los Moratín.

En medio de la convulsión insurgente, algunos poetas de aliento independentista escribieron obras como *La delincuente honrada*, *La seducción castigada* y *El triunfo de la educación* (tres comedias debidas a Barquera), o *El amor por apoderado*, *La huérfana de Tlalnepantla* (ambas comedias) y *Don Alfonso* (tragedia), todas escritas por Ochoa Acuña.

Por los rumbos del costumbrismo transcurre fundamentalmente el camino del teatro mexicano en estos primeros años de la decimonovena centuria, aunque no es sino hasta Francisco Luis Ortega cuando puede hablarse propiamente de un teatro costumbrista. Este autor compuso la obra alegórica *México libre* (con personajes como Libertad, Discordia, Fanatismo, Ignorancia y otros), que puede asumirse como la fundadora del teatro del México independiente. En esta misma época también se encuentra el autor autóctono Cnamatzin, considerado precursor de la literatura indigenista.

La actividad teatral no fue nada ajena al independentismo, y viceversa. Hay que asumir con toda su fuerza y amplitud que la popularidad que en la actualidad tienen el cine, la radio, la televisión y más recientemente la Internet, en aquella época ése era territorio casi exclusivo del teatro, al mismo tiempo que las festividades sociales, políticas, religiosas y hasta lúdicas, como los toros. Simón Bolívar fue un apasionado del teatro y el gran mariscal de Ayacucho, Sucre, resultó un decidido protector del arte dramático y de los actores. En México, el sacerdote Miguel Hidalgo, en las concurridas tertulias de “La Pequeña Francia” (o “La Francia chiquita”) representaba obras teatrales, e incluso tradujo con ese propósito algunas del francés, como el *Tartufo* de Molière.

Con la Independencia no llegaron a México de inmediato la paz ni la prosperidad, condiciones ambas que favorecen el desarrollo del teatro. Por el contrario, los 50 primeros años de la república fueron una sucesión de sangrientas y debilitadoras luchas, las más de las veces causadas por fuerzas internas, aunque también otras provenientes del exterior.

Ante una situación tal, es fácilmente comprensible que el teatro asumiera un carácter estratégico no sólo en la consolidación de una conciencia nacional, sino como medio de divulgación de propuestas modélicas para la organización de la novísima república, y una de las fuentes inspiradoras para ello era la vuelta a las raíces, la revisualización del pasado prehispánico como escenario donde encontrar los moldes aplicables a la forja de una nueva entidad política. Éste fue el propósito común de los tres dramaturgos que aportaron sus talentos para competir en el concurso poblano.

Estas obras y sus autores fueron: *Xicohténcatl*, tragedia en cinco actos, por José María Moreno Buenvecino, publicada en Puebla por la Imprenta del Patriota en 1828; *Teutila*, tragedia en cinco actos, por Ignacio Torres Arroyo, que salió de las prensas poblanas de Pedro de la Rosa en el mismo año de 1828, y *Xicotencatl*, comedia heroica en cuatro actos, compuesta por José María Mangino, también impresa por Pedro de la Rosa, pero en 1829.

No debe ya extrañarnos, pero sí al menos molestarnos, que de ninguna de estas tres piezas tengamos ejemplares en México. La primera la conseguí en la Sutro Library, en la California State Library; la segunda, en The British Library, y la tercera en The New York Public Library.

Sobre ellas estoy terminando un trabajo que ha requerido no sólo paciencia y dedicación, sino muy buena vista, pues los originales, por su estado actual (páginas "tostadas", faltantes por la acción devoradora de insectos y parásitos, y manchas de muy diversa condición) imposibilitaron considerar una edición facsimilar, y me ocupó la prolija "digitación" (que es como supongo podemos llamar a la mecanografía en computadora, en defecto del término cuasi policiaco "captura"), para rescatar esas piezas que consideré muy valiosas y útiles no sólo para la historia del teatro nacional, sino para la historia nacional misma, por el periodo que ilustran. Utilicé la oportunidad para uniformar la grafía, actualizar la ortografía y rectificar algunas erratas evidentes, procurando acercar estos textos al lector actual y promover su conocimiento y difusión, así como su deseable consideración por parte de la crítica especializada.

Asumo que este tipo de rescate documental propicia y prepara el camino de investigadores posteriores y constituye una contribución, sencilla pero efectiva, para el más cabal conocimiento de nuestros orígenes nacionales.

Al leer las obras pude ordenarlas de tal manera que formaran una solución de continuidad dramática e histórica, como si los autores hubieran

establecido un acuerdo previo para que uno iniciara la narración real de los sucesos, otro la retomara donde la dejó el predecesor, y el otro la llevara hasta el final, desde el encuentro de españoles y tlaxcaltecas hasta el suplicio de Xicoténcatl, siguiendo casi puntualmente la que en ese momento era la fuente histórica más asequible —la crónica de la conquista de Antonio de Solís— a semejanza de lo realizado antes por el autor de la novela *Jicotencal*.

Así, con estas obras, aún no disperso el humo de la pólvora de la pasada lucha, se inauguraba un nuevo tiempo en la todavía nada “suave patria” de este “mexicano domicilio”. Con muchos esfuerzos y dolores se levantaba un telón constelado de relámpagos para dar paso, después de los agónicos estertores de un parto difícil, a la Independencia. 



